

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ (1651-1695)

SAINETE DE PALACIO

INTERLOCUTORES

EL AMOR
EL RESPETO
EL OBSEQUIO
LA FINEZA
LA ESPERANZA
UN ALCALDE

(Sale el ALCALDE cantando.)

ALCALDE

Alcalde soy del Terrero,
y quiero en esta ocasión,
de los entes de Palacio
hacer ente de razón.
Metafísica es del gusto
sacarlos a plaza hoy,
que aquí los mejores entes
los metafísicos son.
Vayan saliendo a la plaza,
porque aunque invisibles son,
han de parecer reales,
aunque le pese a Platón.
Del desprecio de las Damas,
plenipotenciario soy;
y del favor no, porque
en Palacio no hay favor.
El desprecio es aquí el premio,
y aun eso cuesta sudor;
pues no lo merece sino
el que no lo mereció.
¡Salgan los Entes, salgan,
que se hace tarde,
y en Palacio se usa

que espere nadie!

(Sale el AMOR, cubierto.)

AMOR

Yo, Señor Alcalde, salgo
a ver si merezco el premio.

ALCALDE

¿Y quién sois?

AMOR

Soy el Amor.

ALCALDE

¿Y por qué venís cubierto?

AMOR

Porque, aunque en Palacio asisto,
soy delincuente.

ALCALDE

Si hay eso,
¿por qué venís a Palacio?

AMOR

Porque me es preciso hacerlo;
y tuviera mayor culpa,
a no tener la que tengo.

ALCALDE

¿Cómo así?

AMOR

Porque en Palacio,
quien no es amante, es grosero;
y escoger el menor quise,
entre dos precisos yerros.

ALCALDE

¿Y por eso pretendéis
el premio?

AMOR

Sí.

ALCALDE

¡Majadero!

¿Quién os dijo que el Amor
es digno ni aun del desprecio?

(Canta:)

¡Andad, andad adentro;
que el que pretende,
dice que es el desprecio,
y el favor quiere!

(Vase el AMOR, y sale el OBSEQUIO.)

OBSEQUIO

Señor Alcalde, de mí
no se podrá decir eso.

ALCALDE

¿Quién sois?

OBSEQUIO

El Obsequio soy,
debido en el galanteo
de las Damas de Palacio.

ALCALDE

Bien ¿y por qué queréis premio,
si decís que sois debido?
¡Por cierto, sí, que es muy bueno
que lo que nos debéis vos,
queréis que acá lo paguemos!

(Canta:)

¡Andad, andad adentro;
porque las Damas
llegan hasta las deudas,
no hasta las pagas!

(Vase el OBSEQUIO, y sale el RESPETO.)

RESPETO

Yo, que soy el más bien visto

ente de Palacio, vengo
a que me premiéis, Señor.

ALCALDE
¿Y quién sois?

RESPETO
Soy el Respeto.

ALCALDE
Pues yo no os puedo premiar.

RESPETO
¿Por qué no?

ALCALDE
Porque si os premio,
será vuestra perdición.

RESPETO
¿Cómo así?

ALCALDE
Porque lo exento
de las deidades, no admite
pretensión; y el pretenderlo
y conseguirlo, será
perdérseles el respeto.

(Canta:)

¡Andad, andad adentro;
que no es muy bueno
el Respeto que mira
varios respetos!

(Vase el RESPETO, y sale la FINEZA.)

FINEZA
Yo, Señor, de todos, sola
soy quien el premio merezco.

ALCALDE
¿Quién sois?

FINEZA

La Fineza soy;
ved si con razón pretendo.

ALCALDE

¿Y en qué, el merecer fundáis?

FINEZA

¿En qué? En lo fino, lo atento,
en lo humilde, en lo obsequioso,
en el cuidado, el desvelo,
y en amar por sólo amar.

ALCALDE

Vos mentís en lo propuesto:
que si amarais por amar,
aun siendo el premio el desprecio,
no lo quisierais, siquiera
por tener nombre de premio.
Demás de que yo conozco,
y en las señas os lo veo,
que no sois vos la Fineza.

FINEZA

¿Pues qué tengo de no serlo?

ALCALDE

Vení acá. ¿Vos nos decís
que sois la Fineza?

FINEZA

Es cierto.

ALCALDE

Veis ahí cómo no lo sois.

FINEZA

¿Pues en qué tengo de verlo?

ALCALDE

¿En qué? En que vos lo decís;
y el amante verdadero
ha de tener de lo amado
tan soberano concepto,
que ha de pensar que no alcanza

su amor al merecimiento
de la beldad a quien sirve;
y aunque la ame con extremo,
ha de pensar siempre que es
su amor, menor que el objeto,
y confesar que no paga
con todos los rendimientos;
que lo fino del amor
está en no mostrar el serlo.

(Canta:)

¡Y andad, andad adentro;
que la Fineza
mayor es, de un amante,
no conocerla!

(Vase la FINEZA, y sale la ESPERANZA, tapada.)

ESPERANZA
El haber, Señor Alcalde,
sabido que es el propuesto
premio el desprecio, me ha dado
ánimo de pretenderlo.

ALCALDE
Decid quién sois, y veré
si lo merecéis.

ESPERANZA
No puedo;
que me hicierais desterrar,
si llegarais a saberlo.

ALCALDE
Pues, ¿y cómo puedo yo
premiaros sin conoceros?

ESPERANZA
¿Pues para aqueso no basta
el saber que lo merezco?

ALCALDE
Pues si yo no sé quién sois,
ni siquiera lo sospecho,

¿de dónde puedo inferir
yo vuestro merecimiento?
Y así, perded el temor
que os encubre, del destierro
(que aunque tengáis mil delitos,
por esta vez os dispenso),
y descubríos.

ESPERANZA

La Esperanza
soy.

ALCALDE

¡Qué grande atrevimiento!
¿Una villana en Palacio?

ESPERANZA

Sí, pues qué os espantáis de eso
si siempre vivo en Palacio,
aunque con nombre supuesto.

ALCALDE

¿Y cuál es?

ESPERANZA

Desconfianza
me llamo entre los discretos,
y soy Desconfianza fuera
y Esperanza por de dentro;
y así, oyendo pregonar
el premio, a llevarle vengo:
que la Esperanza, en Palacio,
sólo es digna del desprecio.

ALCALDE

Mientes: que el desprecio toma
algún género de cuerpo
en la boca de las Damas,
y al decirlo, por lo menos
se le detiene en los labios,
y se le va con los ecos;
y esto basta para hacerse
mucho aprecio del desprecio,
y sobra para que sea
premio para los discretos;

que no es razón que a una dama
le costara tanto un necio.

(Canta:)

¡Andad, andad adentro;
que la Esperanza,
por más que disimule,
siempre es villana!
Y pues se han acabado
todos los entes,
sin que ninguno el premio
propuesto lleve,
sébase que en las Damas,
aun los desdenes,
aunque tal vez se alcanzan,
no se merecen.
Y así, los entes salgan,
porque confiesen
que no merece el premio
quien lo pretende.

(Salen los Entes, y cada uno canta su copla.)

AMOR

Verdad es lo que dices:
pues aunque amo,
el Amor es obsequio,
mas no contrato.

OBSEQUIO

Ni tampoco el Obsequio;
porque en Palacio,
con que servir lo dejen,
queda pagado.

RESPETO

Ni tampoco el Respeto
algo merece;
que a ninguno le pagan
lo que se debe.

FINEZA

La Fineza tampoco;
porque, bien visto,

no halla en lo obligatorio
lugar lo fino.

ESPERANZA

Yo, pues nada merezco
siendo Esperanza,
de hoy más llamarme quiero
Desesperada.

ALCALDE

Pues sepan, que en Palacio,
los que lo asisten,
aun los mismos desprecios
son imposibles.

JORNADA SEGUNDA

CUADRO PRIMERO

ESCENA I

(Salen DON CARLOS y CASTAÑO.)

DON CARLOS

Castaño, yo estoy sin mí.

CASTAÑO

Y yo, que en todo te sigo,
tan sólo he estado conmigo
aquel rato que dormí.

DON CARLOS

¿Sabes lo que me ha pasado?
Mas juzgo que sueño fue.

CASTAÑO

Si es sueño muy bien lo sé;
y yo también he soñado
y dormido como dama,
pues los vestidos, Señor,
que me dio al salir Leonor,
son quien me sirvió de cama.

DON CARLOS

¿Galas tuyas a llevarlas
anoche Leonor te dio?

CASTAÑO

Sí, Señor, si las lió,
¿no era preciso el liarlas?

DON CARLOS

¿Dónde las tienes?

CASTAÑO

Allí,
y en cama quiero rompellas,
que pues yo las cargué a ellas,
ellas me carguen a mí.

DON CARLOS

Yo he visto (¡pierdo el sentido!)
en esta casa a Leonor.

CASTAÑO

Aqueso será, Señor,
que quien bueyes ha perdido :
y así tú, que en tus amores
te desvanece el furor,
como has perdido a Leonor,
se te aparecen Leonores.
Mas dime qué te pasó
con aquella dama bella,
que así Dios se duela de ella
como de mí se dolió;
porque viendo que contigo
empezaba a discurrir,
me traté yo de dormir
por excusar un testigo.

DON CARLOS

Castaño, aquésa es malicia;
pero lo que pasó fue
que, como sabes, entré
huyendo de la Justicia;
que ella atenta y cortesana
ampararme prometió,

y en esta cuadra me entró
y me dijo que era hermana
de Don Pedro de Arellano,
y que aquí oculto estaría,
porque si acaso venía
no me encontrara su hermano;
y con tanta bizarría
me hizo una y otra promesa,
que con ser tal su belleza
es mayor su cortesía,
y discreta y lisonjera,
alabándome, añadió
cosas que, a ser vano yo,
a otro afecto atribuyera.
Pero son quimeras vanas
de jóvenes altiveces:
que en mirándolas corteses
luego las juzgan livianas;
y sus malicias erradas
en su mismo mal contentas,
si no las ven desatentas,
no las tienen por honradas;
y a un pensar tan desigual
y aun no indigno del desdén,
nunca ellas obran más bien
que cuando las tratan mal,
pues al que se desvanece
con cualquiera presunción,
le hace daño la atención,
y es porque no la merece.
Pero, volviendo al suceso
de lo que a mí me pasó,
ella me favoreció,
Castaño, con grande exceso.
Yo mi historia le conté,
y ella con discreto modo
quedó de ajustarlo todo
con tal que yo aquí me esté,
diciendo que no me diese
cuidado, que ella lo hacía
por el riesgo que tenía
si yo en público saliese:
condición, para mí, que
imposible hubiera sido,
a no haberme sucedido

lo que ahora te diré.
Estando de esta manera,
oímos, al parecer,
dar voces una mujer
en otra cuadra de afuera;
y aunque Doña Ana impedir
que yo saliese quería,
venciéndola mi porfía
por fuerza hube de salir.
Sacó una luz al rumor
una criada, y con ella
conocer a Leonor bella
pude.

CASTAÑO
¿A quién?

DON CARLOS
A mi Leonor.

CASTAÑO
¿A Leonor? ¿Haslo soñado?
¿Hay tan grande bobería?
Yo por loco te tenía,
pero no tan declarado.
De oírlo sólo me espanto.
Señor, vete poco a poco;
mira, muy bueno es ser loco,
mas no es bueno serlo tanto.
La locura es conveniente
por las entradas de mes,
como luna, un si es no es,
cuanto ayude a ser valiente;
mas no, Señor, de manera
que oyendo esos desatinos
te me atisben los vecinos
porque saben la tronera.

DON CARLOS
Pícaro, si no estuviera
donde estoy...

CASTAÑO
Tente, Señor;
que yo también vi a Leonor.

DON CARLOS

¿Adónde?

CASTAÑO

En tu faltriquera,
pintada con mil primores.
Y que era viva entendí,
porque luego que la vi
le salieron los colores;
y aunque de razón escasa
no me resolvió la duda,
yo pensé, viéndola muda,
que estaba puesta la pasa.

DON CARLOS

¡Qué friolera!

CASTAÑO

¿Qué te enfadas
si viva me pareció?
Algunas he visto yo
que están vivas y pintadas.

DON CARLOS

Si en belleza es Sol Leonor,
¿para qué afeites quería?

CASTAÑO

Pues si es Sol, ¿cómo podía
estar sin el resplandor?
Mas si a Leonor viste, di,
¿qué determinas hacer?

DON CARLOS

Quiero esperar hasta ver
qué causa la trajo aquí;
pues si piadosa mi estrella
aquí la dejó venir,
¿adónde tengo de ir
si aquí me la dejo a ella?
Y así, es mejor esperar
de todo resolución,
para ver si hay ocasión
de volvérmela a llevar.

CASTAÑO

Bien dices; mas hacia acá,
Señor, viene enderezada
una, al parecer criada
de esta casa.

DON CARLOS

¿Qué querrá?

ESCENA II

(Sale CELIA.)

CELIA

Caballero, mi Señora
os ordena que al jardín
os retiréis luego, a fin
de que ha de salir ahora
a esta cuadra mi Señor,
y no será bien que os vea.

(Aparte.)

Aquesto es porque no sea
que él desde aquí vea a Leonor.

DON CARLOS

Decidle que mi obediencia
le responde.

(Vase.)

CELIA

Vuelvo a irme.

CASTAÑO

¿Oye vusté, y querrá oírme?

CELIA

¿Qué he de oír?

CASTAÑO

De penitencia.

CELIA

Por cierto, lindos cuidados
se tiene el muy socarrón.

CASTAÑO

Pues digo, ¿no es confesión
el decirle mis pecados?

CELIA

No a mi afecto se abalance,
que son lances excusados.

CASTAÑO

Si nos tienes encerrados,
¿no te he de querer de lance?

CELIA

Ya he dicho que no me quiera.

CASTAÑO

Pues ¿qué quiere tu rigor,
si de mi encierro y tu amor
no me puedo hacer afuera?
Mas ¿siendo criada, te engrías?

CELIA

¿Criada a mí, el muy estropajo?

CASTAÑO

Calla, que aqueste agasajo
es porque no te descrías.

CELIA

Yo me voy, que es fuerza, y luego
si no es juego volveré.

CASTAÑO

Juego es; mas bien sabe usted
que tiene vueltas el juego.

CUADRO SEGUNDO

ESCENA III

(Salen DOÑA LEONOR y DOÑA ANA.)

DOÑA ANA

¿Cómo la noche has pasado,
Leonor?

DOÑA LEONOR

Decirte, Señora,
que no me lo preguntaras
quisiera.

DOÑA ANA

¿Por qué?

(Aparte.)

¡Ah penosa
atención, que me precisas
a agradar a quien me enoja!

DOÑA LEONOR

Porque si me lo preguntas,
es fuerza que te responda
que la pasé bien o mal,
y en cualquiera de estas cosas
encuentro un inconveniente;
pues mis penas y tus honras
están tan mal avenidas,
que si te respondo ahora
que mal, será grosería,
y que bien, será lisonja.

DOÑA ANA

Leonor, tu ingenio y tu cara
el uno a otro se malogra,
que quien es tan entendida
es lástima que sea hermosa.

DOÑA LEONOR

Como tú estás tan segura
de que aventajas a todas
las hermosuras, te muestras
fácilmente cariñosa
en alabarlas, porque

quien no compite, no estorba.

DOÑA ANA

Leonor, y de tus cuidados
¿cómo estás?

DOÑA LEONOR

Como quien toca,
náufrago entre la borrasca
de las olas procelosas,
ya con la quilla el abismo,
y ya el cielo con la popa.

(Aparte.)

¿Cómo le preguntaré
--pero está el alma medrosa--
a qué vino anoche Carlos?
Mas ¿qué temo, si me ahoga
después de tantos tormentos,
de los celos la ponzoña?

DOÑA ANA

Leonor, ¿en qué te suspendes?

DOÑA LEONOR

Quisiera saber, perdona,
que pues ya mi amor te dije,
fuera cautela notoria
querer no mostrar cuidado
de aquello que tú no ignoras
que es preciso que le tenga;
y así, pregunto, Señora,
pues sabes ya que yo quiero
a Carlos y que su esposa
soy: ¿cómo entró anoche aquí?

DOÑA ANA

Deja que no te responda
a esa pregunta tan presto.

DOÑA LEONOR

¿Por qué?

DOÑA ANA

Porque quiero ahora
que te diviertas oyendo
cantar.

DOÑA LEONOR
Mejor mis congojas
se divirtieran sabiendo
esto, que es lo que me importa;
y así...

DOÑA ANA
Con decirte que
fue una contingencia sola,
te respondo; mas mi hermano
viene.

DOÑA LEONOR
Pues que yo me esconda
será preciso.

DOÑA ANA
Antes no,
que ya yo de tu persona
le di cuenta, porque pueda
aliviarte en tus congojas;
que al fin los hombres mejor
diligencian estas cosas,
que nosotras.

DOÑA LEONOR
Dices bien;
mas no sé qué me alborota.

ESCENA IV

(Sale DON PEDRO.)

Mas ¡Cielos! ¿qué es lo que miro?
¿Éste es tu hermano, Señora?

DON PEDRO
Yo soy, hermosa Leonor;
¿qué os admira?

DOÑA LEONOR

(Aparte.)

¡Ay de mí! Toda
soy de mármol. ¡Ah, Fortuna,
que así mis males dispongas,
que a la casa de Don Pedro
me traigas!

DON PEDRO

Leonor hermosa,
segura estáis en mi casa;
porque aunque sea a la costa
de mil vidas, de mil almas,
sabré librar vuestra honra
del riesgo que os amenaza.

DOÑA LEONOR

Vuestra atención generosa
estimo, Señor Don Pedro.

DON PEDRO

Señora, ya que las olas
de vuestra airada fortuna
en esta playa os arrojan,
no habéis de decir que en ella
os falta quien os socorra.
Yo, Señora, he sido vuestro,
y aunque siempre desdeñosa
me habéis tratado, el desdén
más mi fineza acrisola,
que es muy garboso desaire
el ser fino a toda costa.
Ya en mi casa estáis, y así
sólo tratamos ahora
de agradaros y serviros,
pues sois dueño de ella toda.
--Divierte a Leonor, hermana.

DOÑA ANA

Celia.

CELIA

¿Qué mandas, Señora?

DOÑA ANA

Di a Clori y Laura que canten.

(Aparte:

Y tú, pues ya será hora
de lo que tengo dispuesto
porque mi industria engañosa
se logre, saca a Don Carlos
a aquesa reja, de forma
que nos mire y que no todo
lo que conferimos oiga.
De este modo lograré
el que la pasión celosa
empiece a entrar en su pecho;
que aunque los celos blasonan
de que avivan el amor,
es su operación muy otra
en quien se ve como dama,
o se mira como esposa,
pues en la esposa despecha
lo que en la dama enamora.)
--¿No vas a decir que canten?

CELIA

Voy a decir ambas cosas.

DON PEDRO

Mas con todo, Leonor bella,
dadme licencia que rompa
las leyes de mi silencio
con mis quejas amorosas,
que no siente los cordeles
quien el dolor no pregona.
¿Qué defecto en mi amor visteis
que siempre tan desdeñosa
me tratasteis? ¿Era ofensa
mi adoración decorosa?
Y si amaros fue delito,
¿cómo otro la dicha goza,
e igualándonos la culpa
la pena no nos conforma?
¿Cómo, si es ley el desdén
en vuestra beldad, forzosa,
en mí la ley se ejecuta
y en el otro se deroga?
¿Qué tuvo para con vos
su pasión de más airosa,

de más bien vista su pena,
que siendo una misma cosa,
en mí os pareció culpable
y en el otro meritoria?
Si él os pareció más digno,
¿no supliera en mi persona
lo que de galán me falta
lo que de amante me sobra?
Mas sin duda mi fineza
es quien el premio me estorba,
que es quien la merece menos
quien siempre la dicha logra;
mas si yo os he de adorar
eternamente, ¿qué importa
que vos me neguéis el premio,
pues es fuerza que conozca
que me concedéis de fino
lo que os negáis de piadosa?

DOÑA LEONOR

Permitid, Señor Don Pedro,
ya que me hacéis tantas honras,
que os suplique, por quien sois,
me hagáis la mayor de todas;
y sea que ya que veis
que la fortuna me postra
no apuréis más mi dolor,
pues me basta a mí por soga
el cordel de mi vergüenza
y el peso de mis congojas.
Y puesto que en el estado
que veis que tienen mis cosas,
tratarme de vuestro amor
es una acción tan impropia,
que ni es bien decirlo vos
ni justo que yo lo oiga,
os suplico que calléis;
y si es venganza que toma
vuestro amor de mi desdén,
elegidla de otra forma,
que para que estéis vengado
hay en mí penas que sobran.

(Hablan aparte, y salen a una reja DON CARLOS,
CELIA y CASTAÑO.)

ESCENA V

CELIA

Hasta aquí podéis salir,
que aunque mandó mi Señora
que os retirarais, yo quiero
haceros esta lisonja
de que desde aquesta reja
oigáis una primorosa
música, que a cierta dama,
a quien mi Señor adora,
ha dispuesto. Aquí os quedad.

CASTAÑO

Oiga usted.

CELIA

No puedo ahora.

(Vase y sale por el otro lado.)

CASTAÑO

Fuese y cerrónos la puerta
y dejónos como monjas
en reja, y sólo nos falta
una escucha que nos oiga.

(Llega y mira.)

Pero, Señor, ¡vive Dios!
que es cosa muy pegajosa
tu locura, pues a mí
se me ha pegado.

DON CARLOS

¿En qué forma?

CASTAÑO

En que escucho los cencerros,
y aun los cuernos se me antojan
de los bueyes que perdimos.

(Llega DON CARLOS.)

DON CARLOS

¡Qué miro! ¡Amor me socorra!
¡Leonor, Doña Ana y Don Pedro
son! ¿Ves cómo no fue cosa
de ilusión el que aquí estaba?

CASTAÑO

¿Y de que esté no te enojas?

DON CARLOS

No, hasta saber cómo vino;
que si yo en la casa propia
estoy, sin estar culpado,
¿cómo quieres que suponga
culpa en Leonor? Antes juzgo
que la fortuna piadosa
la condujo adonde estoy.

CASTAÑO

Muy reposado enamoras,
pues no sueles ser tan cuerdo;
mas ¿si hallando golpe en bola
la ocasión, el tal Don Pedro
la cogiese por la cola,
estaríamos muy buenos?

DON CARLOS

Calla, Castaño, la boca,
que es muy bajo quien sin causa,
de la dama a quien adora,
se da a entender que le ofende,
pues en su aprensión celosa
¿qué mucho que ella le agravie
cuando él a sí se deshonra?
Mas escucha, que ya templan.

DOÑA ANA

Cantad, pues.

CELIA

Vaya de solfa.

MÚSICA

¿Cuál es la pena más grave
que en las penas de amor cabe?

VOZ I

El carecer del favor
será la pena mayor,
puesto que es el mayor mal.

CORO I

No es tal.

VOZ I

Sí es tal.

CORO II

¿Pues cuál es?

VOZ II

Son los desvelos
a que ocasionan los celos,
que es un dolor sin igual.

CORO II

No es tal.

VOZ II

Sí es tal.

CORO I

¿Pues cuál es?

VOZ III

Es la impaciencia
a que ocasiona la ausencia,
que es un letargo mortal.

CORO I

No es tal.

VOZ III

Sí es tal.

CORO II

¿Pues cuál es?

VOZ IV

Es el cuidado
con que se goza lo amado,
que nunca es dicha cabal.

CORO II

No es tal.

VOZ IV

Sí es tal.

CORO I

¿Pues cuál es?

VOZ V

Mayor se infiere
no gozar a quien me quiere
cuando es el amor igual.

CORO I

No es tal.

VOZ V

Sí es tal.

CORO II

Tú, que ahora has respondido,
conozco que solo has sido
quien las penas de amor sabe.

CORO I

¿Cuál es la pena más grave
que en las penas de amor cabe?

DON PEDRO

Leonor, la razón primera
de las que han cantado aquí
es más fuerte para mí;
pues si bien se considera
es la pena más severa
que puede dar el amor
la carencia del favor,
que es su término fatal.

DOÑA LEONOR

No es tal.

DON PEDRO

Sí es tal.

DOÑA ANA

Yo, hermano, de otra opinión
soy, pues si se llega a ver,
el mayor mal viene a ser
una celosa pasión;
pues fuera de la razón
de que del bien se carece,
con la envidia se padece
otra pena más mortal.

DOÑA LEONOR

No es tal.

DOÑA ANA

Sí es tal.

DOÑA LEONOR

Aunque se halla mi sentido
para nada, he imaginado
que el carecer de lo amado
en amor correspondido;
pues con juzgarse querido
cuando del bien se carece,
el ansia de gozar crece
y con ella crece el mal.

DOÑA ANA

No es tal.

DOÑA LEONOR

Sí es tal.

DON CARLOS

¡Ay, Castaño! Yo dijera
que de amor en los desvelos
son el mayor mal los celos,
si a tenerlos me atreviera;
mas pues quiere Amor que muera,
muera de sólo temerlos,
sin llegar a padecerlos,

pues éste es sobrado mal.

CASTAÑO

No es tal.

DON CARLOS

Sí es tal.

CASTAÑO

Señor, el mayor pesar
con que el amor nos baldona,
es querer una fregona
y no tener qué la dar;
pues si llego a enamorar
corrido y confuso quedo,
pues conseguirlo no puedo
por la falta de caudal.

MÚSICA

No es tal.

CASTAÑO

Sí es tal.

CELIA

El dolor más importuno
que da amor en sus ensayos,
es tener doce lacayos
sin regalarme ninguno,
y tener perpetuo ayuno,
cuando estar harta debiera
esperando costurera
los alivios del dedal.

MÚSICA

No es tal.

CELIA

Sí es tal.

DOÑA ANA

Leonor, si no te divierte
la música, al jardín vamos,
quizá tu fatiga en él
se aliviará.

DOÑA LEONOR

¿Qué descanso
puede tener la que sólo
tiene por alivio el llanto?

DON PEDRO

Vamos, divino imposible.

DOÑA ANA

(Aparte a CELIA.)

Haz, Celia, lo que he mandado,
que yo te mando un vestido
si se nos logra el engaño.

(Vanse DON PEDRO, DOÑA ANA y DOÑA LEONOR.)

ESCENA VI

CELIA

(Aparte:

Eso sí es mandar con modo;
aunque esto de "Yo te mando",
cuando los amos lo dicen,
no viene a hacer mucho al caso,
pues están siempre tan hechos
que si acaso mandan algo,
para dar luego se excusan
y dicen a los criados
que lo que mandaron no
fue manda, sino mandato.

Pero vaya de tramoya:
yo llego y la puerta abro;
que puesto que ya Don Juan,
que era mi mayor cuidado,
con la llave que le di
estuvo tan avisado
que sin que yo le sacase
se salió paso entre paso
por la puerta del jardín,
y mi Señora ha tragado
que fue otra de las criadas

quien le dio entrada en su cuarto,
gracias a mi hipocresía
y a unos juramentos falsos
que sobre el caso me eché
con tanto desembarazo,
que ella quedó tan segura
que ahora me ha encomendado
lo que allá dirá el enredo,
yo llego.)

--¿Señor Don Carlos?

DON CARLOS
¿Qué quieres, Celia? ¡Ay de mí!

CELIA
A ver si habéis escuchado
la música, vine.

DON CARLOS
Sí,
y te estimo el agasajo.
Mas dime, Celia, ¿a qué vino
aquella dama que ha estado
con Doña Ana y con Don Pedro?

CELIA
(Aparte:
Ya picó el pez; largo el trapo.)
--Aquella dama, Señor...
Mas yo no puedo contarle
si primero no me dais
la palabra de callarlo.

DON CARLOS
Yo te la doy. ¿A qué vino?

CELIA
Temo, Señor, que es pecado
descubrir vidas ajenas;
mas supuesto que tú has dado
en que lo quieres saber
y yo en que no he de contarle,
vaya, mas sin que lo sepas:
y sabe que aquel milagro

de belleza, es una dama
a quien adora mi amo,
y anoche, yo no sé cómo
ni cómo no, entró en su cuarto.
Él la enamora y regala;
con qué fin, yo no lo alcanzo,
ni yo en conciencia pudiera
afirmarte que ello es malo,
que puede ser que la quiera
para ser fraile descalzo.
Y perdona, que no puedo
decir lo que has preguntado,
que estas cosas mejor es
que las sepas de otros labios.

(Vase CELIA.)

ESCENA VII

DON CARLOS

Castaño, ¿no has oído aquesto?
Cierta es mi muerte y mi agravio.

CASTAÑO

Pues si ella no nos lo ha dicho,
¿cómo puedo yo afirmarlo?

DON CARLOS

¡Cielos! ¿qué es esto que escucho?
¿Es ilusión, es encanto
lo que ha pasado por mí?
¿Quién soy yo? ¿Dónde me hallo?
¿No soy yo quien de Leonor
la beldad idolatrando,
la solicité tan fino,
la serví tan recatado,
que en premio de mis finezas
conseguí favores tantos;
y, por último, seguro
de alcanzar su blanca mano
y de ser solo el dichoso
entre tantos desdichados,
no salió anoche conmigo,
su casa y padre dejando,

reduciendo a mí la dicha
que solicitaban tantos?
¿No la llevó la Justicia?
Pues ¿cómo ¡ay de mí! la hallo
tan sosegada en la casa
de Don Pedro de Arellano,
que amante la solicita?
Y yo Mas ¿cómo no abraso
antes mis agravios, que
pronunciar yo mis agravios?
Mas Cielos, ¿Leonor no pudo
venir por algún acaso
a esta casa, sin tener
culpa de lo que ha pasado,
pues prevenirlo no pudo?
Y que Don Pedro, llevado
de la ocasión de tener
en su poder el milagro
de la perfección, pretenda
como mozo y alentado,
lograr la ocasión felice
que la fortuna le ha dado,
sin que Leonor corresponda
a sus intentos osados?
Bien puede ser que así sea;
¿mas cumplo yo con lo honrado,
consintiendo que a mi dama
la festeje mi contrario
y que con tanto lugar
como tenerla a su lado,
la enamore y solicite.
y que haya de ser tan bajo
yo que lo mire y lo sepa
y no intente remediarlo?
Eso no, ¡viven los Cielos!
Sígueme, vamos, Castaño,
y saquemos a Leonor
a pesar de todos cuantos
lo quisieren defender.

CASTAÑO

Señor, ¿estás dado al diablo?
¿No ves que hay en esta casa
una tropa de lacayos,
que sin que nadie lo sepa

nos darán un sepancuantos,
y andarán descomedidos
por andar muy bien criados?

DON CARLOS

Cobarde, ¿aqueso me dices?
Aunque vibre el cielo rayos,
aunque iras el cielo esgrima
y el abismo aborte espantos,
me la tengo de llevar.

CASTAÑO

¡Ahora, sus! Si ha de ser, vamos;
y luego de aquí a la horca,
que será el segundo paso.

CUADRO TERCERO

ESCENA VIII

(Salen DON RODRIGO y DON JUAN.)

DON RODRIGO

Don Juan, pues vos sois su amigo,
reducidle a la razón,
pues por aquesta ocasión
os quise traer conmigo;
que pues vos sois el testigo
del daño que me causó
cuando a Leonor me llevó,
podréis con desembarazo
hablar en aqueste caso
con más llaneza que yo.
Ya de todo os he informado,
y en un caso tan severo
siempre lo trata el tercero
mejor que no el agraviado.
Que al que es noble y nació honrado,
cuando se le representa
la afrenta, por más que sienta,
le impide, aunque ése es el medio,
la vergüenza del remedio

el remedio de la afrenta.

DON JUAN

Señor Don Rodrigo, yo,
por la ley de caballero,
os prometo reducir
a vuestro gusto a Don Pedro,
a que él juzgo que está llano,
porque tampoco no quiero
vender por fineza mía
a lo que es mérito vuestro.
Y pues, porque no se niegue
no le avisamos, entremos
a la sala

(Aparte.)

Mas ¿qué miro?
¿Aquí Don Carlos de Olmedo,
con quien anoche reñí?
¡Ah ingrata Doña Ana! ¡Ah fiero
basilisco!

ESCENA IX

(Sale CELIA.)

CELIA

¡Jesucristo!
Don Juan de Vargas y un viejo,
Señor, y te han visto ya.

DON CARLOS

No importa, que nada temo.

DON RODRIGO

Aquí Don Carlos está,
y para lo que traemos
que tratar, grande embarazo
será.

CASTAÑO

Señor, reza el credo,
porque éstos pienso que vienen

para darnos pan de perro;
pues sin duda que ya saben
que fuiste quien a Don Diego
hirió y se llevó a Leonor.

DON CARLOS

No importa, ya estoy resuelto
a cuanto me sucediere.

DON RODRIGO

Mejor es llegar; yo llego,
--Don Carlos: Don Juan y yo
cierto negocio traemos
que precisamente ahora
se ha de tratar a Don Pedro;
y así, si no es embarazo
a lo que venís, os ruego
nos deis lugar, perdonando
el estorbo, que los viejos
con los mozos, y más cuando
son tan bizarros y atentos
como vos, esta licencia
nos tomamos.

DON CARLOS

(Aparte.)

¡Vive el Cielo!,
que aún ignora Don Rodrigo
que soy de su agravio el dueño.

DON JUAN

(Aparte.)

No sé ¡vive el Cielo! cómo
viendo a Don Carlos, contengo
la cólera que me incita.

CELIA

(Aparte a DON CARLOS.)

Don Carlos, pues el empeño
miráis en que está mi ama
si llega su hermano a veros,
que os escondáis os suplico.

DON CARLOS

(Aparte.)

Tiene razón, ¡vive el Cielo!
que si aquí me ve su hermano,
la vida a Doña Ana arriesgo,
y habiéndome ella amparado
es infamia; mas ¿qué puedo
hacer yo en aqueste caso?
Ello no hay otro remedio:
ocúltome, que el honor
de Doña Ana es lo primero,
y después saldré a vengar
mis agravios y mis celos.

CELIA

(Aparte a DON CARLOS.)
¡Señor, por Dios, que te escondas
antes que salga Don Pedro!

DON CARLOS

Señor Don Rodrigo, yo
estoy --perdonad si os tengo
vergüenza, que vuestras canas
dignas son de este respeto--,
sin que Don Pedro lo sepa,
en su casa; y así, os ruego
que me dejéis ocultar
antes que él salga, que el riesgo
que un honor puede correr
me obliga.

DON JUAN

(Aparte.)
¡Que esto consiento!
¿Qué más claro ha de decir
que aquel basilisco fiero
de Doña Ana aquí le trae?
¡Oh, pese a mi sufrimiento
que no le quito la vida!
Pero ajustar el empeño
es antes, de Don Rodrigo,
pues le di palabra de ello;
que después yo volveré,
puesto que la llave tengo
del jardín, y tomaré
la venganza que deseo.

DON RODRIGO

Don Carlos, nada me admira:
mozo he sido, aunque soy viejo;
vos sois mozo, y es preciso
que deis sus frutos al tiempo;
y supuesto que decís
que os es preciso esconderos,
haced vos lo que os convenga,
que yo la causa no inquiero
de cosas que no me tocan.

DON CARLOS

Pues adiós.

DON RODRIGO

Guárdeos el Cielo.

CELIA

¡Vamos aprisa!

(Aparte:

A Dios gracias

que se ha excusado este aprieto.)

--Y vos, Señor, esperad

mientras aviso a mi dueño.

DON CARLOS

(Aparte:)

Un Etna llevo en el alma.

DON JUAN

(Aparte.)

Un volcán queda en el pecho.

(Vanse DON CARLOS, CELIA y CASTAÑO.)

ESCENA X

DON RODRIGO

Veis aquí cómo es el mundo:

a mí me agravia Don Pedro,

Don Carlos le agravia a él,

y no faltara un tercero

también que agravie a Don Carlos.

Y es que lo permite el Cielo

en castigo de las culpas,
y dispone que paguemos
con males que recibimos
los males que hemos hecho.

DON JUAN

(Aparte.)

Estoy tan fuera de mí
de haber visto manifiesto
mi agravio, que no sé cómo
he de sosegar el pecho
para hablar en el negocio
de que he de ser medianero,
que quien ignora los suyos
mal hablará en los ajenos.

(Sale DON CARLOS a la reja.)

DON CARLOS

Ya que fue fuerza ocultarme
por el debido respeto
de Doña Ana, como a quien
el amparo y vida debo,
desde aquí quiero escuchar,
pues sin ser yo visto puedo,
a qué vino Don Rodrigo,
que entre mil dudas el pecho,
astrólogo de mis males,
me pronostica los riesgos.

ESCENA XI

(Sale DON PEDRO.)

DON PEDRO

Señor Don Rodrigo, ¿vos
en mi casa? Mucho debo
a la ocasión que aquí os trae,
pues que por ella merezco
que vos me hagáis tantas honras.

DON RODRIGO

Yo las recibo, Don Pedro,
de vos; y ved si es verdad,
pues a vuestra casa vengo

por la honra que me falta.

DON PEDRO

Don Juan amigo, no es nuevo
el que vos honréis mi casa.

--Tomad entrambos asiento
y decid, ¿cómo venís?

DON JUAN

Yo vengo al servicio vuestro,
y pues a lo que venimos
dilación no admite, empiezo.
Don Pedro, vos no ignoráis,
como tan gran caballero,
las muchas obligaciones
que tenéis de parecerlo;
esto supuesto, el Señor
Don Rodrigo tiene un duelo
con vos.

DON PEDRO

¿Conmigo, Don Juan?
Holgárame de saberlo.

(Aparte.)

¡Válgame Dios! ¿qué será?

DON RODRIGO

Don Pedro, ved que no es tiempo
éste de haceros de nuevas,
y si acaso decís eso
por la cortés atención
que debéis a mi respeto,
yo estimo la cortesía,
y en la atención os dispenso.
Vos, amante de Leonor,
la solicitasteis ciego,
pudiendo haberos valido
de mí, y con indignos medios
la sacasteis de mi casa,
cosa que... Pero no quiero
reñir ahora el delito
que ya no tiene remedio;
que cuando os busco piadoso

no es bien reñiros severo,
y como lo más se enmiende,
yo os perdonaré lo menos.
Supuesto esto, ya sabéis
vos que no hay sangre en Toledo
que pueda exceder la mía;
y siendo esto todo cierto,
¿qué dificultad podéis
hallar para ser mi yerno?
Y si es falta el estar pobre
y vos rico, fuera bueno
responder eso, si yo
os tratara el casamiento
con Leonor; mas pues vos fuisteis
el que la eligió primero,
y os pusisteis en estado
que ha de ser preciso hacerlo,
no he tenido yo la culpa
de lo que fue arrojado vuestro.
Yo sé que está en vuestra casa,
y sabiéndolo, no puedo
sufrir que esté en ella, sin que
le deis de esposo al momento
la mano.

DON PEDRO

(Aparte.)

¡Válgame Dios!

¿Qué puedo en tan grande empeño
responder a Don Rodrigo?

Pues si que la tengo niego,

es fácil que él lo averigüe,

y si la verdad confieso

de que la sacó Don Carlos,

se la dará a él y yo pierdo,

si pierdo a Leonor, la vida.

Pues si el casarme concedo,

puede ser que me desaire

Leonor. ¡Quién hallara un medio

con que poder dilatarlo!

DON JUAN

¿De qué, amigo, estáis suspenso,

cuando la proposición

resulta en decoro vuestro;

cuando el Señor Don Rodrigo,
tan reportado y tan cuerdo,
os convida con la dicha
de haceros felice dueño
de la beldad de Leonor?

DON PEDRO

Lo primero que protesto,
Señor Don Rodrigo, es que
tanto la beldad venero
de Leonor, que puesto que
sabéis ya mis galanteos,
quiero que estéis persuadido
que nunca pudo mi pecho
mirarla con otros ojos,
ni hablarla con otro intento
que el de ser feliz con ser
su esposo. Y esto supuesto,
sabed que Leonor anoche
supo (aun a fingir no acierto)
que estaba mala mi hermana,
a quien con cariño tierno
estima, y vino a mi casa
a verla sólo, creyendo
que vos os tardarais más
con la diversión del juego.
Hízose algo tarde, y como
temió el que hubieseis ya vuelto,
como sin licencia vino,
despachamos a saberlo
un criado de los míos,
y aquéste volvió diciendo
que ya estabais vos en casa,
y que habíais echado menos
a Leonor, por cuya causa
haciendo justos extremos,
la buscabais ofendido.
Ella, temerosa, oyendo
aquesto, volver no quiso.
Éste es en suma el suceso:
que ni yo saqué a Leonor,
ni pudiera, pretendiendo
para esposa su beldad,
proceder tan desatento
que para mirarme en él

manchara antes el espejo.
Y para que no juzguéis
que ésta es excusa que invento
por no venir en casarme,
mi fe y palabra os empeño
de ser su esposo al instante
como Leonor venga en ello;
y en esto conoceréis
que no tengo impedimento
para dejar de ser suyo
más de que no la merezco.

DON CARLOS

¿No escuchas esto, Castaño?
¡La vida y el juicio pierdo!

CASTAÑO

La vida es la novedad;
que lo del juicio, no es nuevo.

DON RODRIGO

Don Pedro, a lo que habéis dicho
hacer réplica no quiero,
sobre si pudo o no ser,
como decís, el suceso;
pero siéndole ya a todos
notorios vuestros festejos,
sabiendo que Leonor falta
y yo la busco, y sabiendo
que en vuestra casa la hallé,
nunca queda satisfecho
mi honor, si vos no os casáis;
y en lo que me habéis propuesto
de si Leonor querrá o no,
eso no es impedimento,
pues ella tener no puede
más gusto que mi precepto;
y así llamadla y veréis
cuán presto lo ajusto.

DON PEDRO

Temo,
Señor, que Leonor se asuste,
y así os suplico deis tiempo
de que antes se lo proponga

mi hermana, porque supuesto
que yo estoy llano a casarme,
y que por dicha lo tengo,
¿qué importa que se difiera
de aquí a mañana, que es tiempo
en que les puedo avisar
a mis amigos y deudos
porque asistan a mis bodas,
y también porque llevemos
a Leonor a vuestra casa,
donde se haga el casamiento?

DON RODRIGO

Bien decís; pero sabed
que ya quedamos en eso,
y que es Leonor vuestra esposa.

DON PEDRO

Dicha mía es el saberlo.

DON RODRIGO

Pues, hijo, adiós; que también
hacer de mi parte quiero
las prevenciones.

DON PEDRO

Señor,
vamos; os iré sirviendo.

DON RODRIGO

No ha de ser; y así, quedaos,
que habéis menester el tiempo.

DON PEDRO

Yo tengo de acompañaros.

DON RODRIGO

No haréis tal.

DON PEDRO

Pues ya obedezco.

DON JUAN

Don Pedro, quedad con Dios.

DON PEDRO

Id con Dios, Don Juan.

(Vanse DON RODRIGO y DON JUAN.)

Yo quedo
tan confuso, que no sé
si es pesar o si es contento,
si es fortuna o es desaire
lo que me está sucediendo.
Don Rodrigo con Leonor
me ruega, yo a Leonor tengo;
el caso está en tal estado
que yo excusarme no puedo
de casarme; solamente
es a Leonor a quien temo,
no sea que lo resista;
mas puede ser que ella, viendo
el estado de las cosas
y de su padre el precepto,
venga en ser mía. Yo voy.
¡Amor, ablanda su pecho!

(Vase.)

ESCENA XII

(Salen DON CARLOS y CASTAÑO.)

DON CARLOS

No debo de estar en mí,
Castaño, pues no estoy muerto.
Don Rodrigo ¡ay de mí! juzga
que a Leonor sacó Don Pedro
y se la viene a ofrecer;
y él, muy falso y placentero,
viene en casarse con ella,
sin ver el impedimento
de que se salió con otro.

CASTAÑO

¿Qué quieres? El tal sujeto
es marido conveniente
y no repara en pucheros:

él vio volando esta garza
y quiso matarla al vuelo;
conque, si él ya la cazó,
ya para ti volaverunt.

DON CARLOS

Yo estoy tan sin mí, Castaño,
que aun a discurrir no acierto
lo que haré en aqueste caso.

CASTAÑO

Yo te daré un buen remedio
para que quedes vengado.
Doña Ana es rica, y yo pienso
que revienta por ser novia;
enamórala, y con eso
te vengas de cuatro y ocho:
que dejas a aqueste necio
mucho peor que endiablado,
encuñadado in aeternum.

DON CARLOS

¡Por cierto, gentil venganza!

CASTAÑO

¿Mal te parece el consejo?
Tú no debes de saber
lo que es un cuñado, un suegro,
una madrastra, una tía,
un escribano, un ventero,
una mula de alquiler,
ni un albacea, que pienso
que del Infierno el mejor
y más bien cobrado censo
no llegan a su zapato.

DON CARLOS

¡Ay de mí, infeliz! ¿Qué puedo
hacer en aqueste caso?
¡Ay, Leonor, si yo te pierdo,
pierda la vida también!

CASTAÑO

No pierdas ni aun un cabello,
sino vamos a buscarla;

que en el tribunal supremo
de su gusto, quizá se
revocará este decreto.

DON CARLOS

¿Y si la fuerza su padre?

CASTAÑO

¿Qué es forzarla? ¿Pues el viejo
está ya para Tarquino?

Vamos a buscarla luego,
que como ella diga nones,
no hará pares con Don Pedro.

DON CARLOS

Bien dices, Castaño, vamos.

CASTAÑO

Vamos, y deja lamentos,
que se alarga la jornada
si aquí más nos detenemos.